nada hay mas hermosoque una alma apasionada; pero con ese amor apacible y suave de los que desprecian las grandezas de la tierra y buscan en el santuario de la familia el cielo de la felicidad. Si nos hubiéramos propuesto escribir estas páginas para solo enaltecer á la mujer buena, Amparo hubiera sido, sin duda, nuestra principal heroina; pero queriamos trasladar á estos cuadros las escenas mas frecuentes hoy en la vida real de esa que llaman la alta sociedad, en donde el oro todo lo avasalla, y Magdalena nos ha proporcionado el personaje que deseábamos exhibir con toda la ruda franqueza que debe caracterizar á los escritores que no buscan el ruido efimero de un aplauso, sino que ambicionan contribuir con algo al mejoramiento de la sociedad en que viven.

Amparo amaba á Luis tanto ó mas que Magdalena, segun dijimos al principio; no de otro modo que Arturo sentia latir su corazon por esta última, como su amigo Luis; pero ya hemos visto que la conducta caballerosa del primero, le apartó para siempre de la senda de ambos.

No deben haber olvidado los lectores que al comenzar nuestra narracion dijimos que Amparo dirigió á nuestro amigo Arturo una mirada significativa de que poco se cuidó él, ocupado como estaba en contemplar á la encantadora amiga de aquella. Preciso es, pues, que expliquemos por qué Amparo, para quien no era indiferente Arturo, seguia amando á Luis.

No podemos asegurar que Amparo sintiese aquella doble pasion, que no hallamos imposible en las almas. Acaso en otra ocasion nos ocuparemos en demostrar detenidamente que puede alguna vez el corazon latir influenciado por dos séres al mismo tiempo, sin que por eso el amor que á cada uno de ellos profese, sea menos ardiente, menos puro y menos leal. Esto, que á cada paso acontece, por mas que nadie quiera confesarlo, lo hallamos muy natural, aunque algunos lo califiquen como un fenómeno. Muy extraño es que á la inteligencia del hombre, que quisiera abarcar hasta lo infinito; que al alma nacida para desear, y desear sin fin; que al corazon que tiene que amar todo lo que es bello y hermoso, se le hubiese atribuido hasta hoy la propiedad, digámoslo así, de no poder amar sino á un solo sér, so pena de que se crea, si da rienda á sus naturales instintos, que desconoce la sublimidad de un afecto, porque no es único y exclusivo. Y preciso es confesar que una de las grandes conquistas del siglo actual, debiera haber sido la propagacion de una doc-

trina sobre la pluralidad del amor, con la cual se ahorrarian muchas lágrimas á los celosos. Porque convendrán con nosotros los lectores, en que ese romanticismo que hace morir de tísis á los amantes calabaceados, es bastante ajeno de una época de luz y exámen, como lo es la presente; y los novelistas, en vez de continuar por la trillada senda de los narradores de pasiones inverosímiles, debian circunscribirse á trasladar á sus obras los cuadros de la vida real, en que á menudo acontece que un hombre ame á dos mujeres, ó por el contrario. Y aunque ni la religion ni las costumbres sancionan aún la poligamia, ni nosotros la pedimos tampoco, bueno seria pintar esa lucha de un corazon que siente por dos séres un amor igual. De esta lucha nace, como es muy natural, el estudio profundo de los caractéres distintos de aquellas dos almas, la comparacion de una y otra, hasta que se obtiene por resultado el triunfo de la que mas amamos, ó mas bien, el de la que juzgamos que nos ama mas, ó que está dispuesta á guardarnos eterna fé. Y es tanto mas justificable en el hombre un doble amor, en cuanto á que, como nadie ignora, es considerablemente mayor el número de las mujeres, respectivamente al de los hombres.

Pero nos desviamos de nuestro objeto.

Repetimos que no podemos asegurar que Amparo sintiese latir su corazon por Luis y por Arturo. Ella comprendió que Luis amaba á su amiga tanto como Arturo; y como sentia mayor inclinacion al primero, abrió su corazon á su amor: sin embargo, quiso ser leal á la amistad, y nunca puso en juego ninguno de esos recursos de que se valen tan fácilmente las mujeres para hacerse preferir de un hombre. Dejó al tiempo y al carácter de su amiga, la mision de encaminar á Luis.

¿Supo Amparo que Magdalena correspondió á su amante en el baile, y que le despidió luego con inusitada violencia?

La escena siguiente nos lo dará á conocer.

Era una noche fria y nublada del mes de Noviembre de 1864. Habian pasado muy pocas despues de aquella en que tuvo lugar el baile de que nos ocupamos.

El Zócalo, que entonces no estaba embellecido por ese hermoso jardin que hoy descuella en él, sino afeado por aquellos clásicos jacalones que se construian allí anualmente, estaba henchido de una numerosa concurrencia.

En uno de los bancos de piedra que vemos en el antiguo paseo de las *Cadenas*, estaba sentado, envuelto en una capa oscura, un jóven á quien nosotros hubiéramos podido conocer muy fácilmente: era Luis.

Gran espacio de tiempo hacia que se encontraba en aquel lugar, devorando seguramente sus recuerdos, cuando dos elegantes damas tomaron asiento en el mismo banco en que él estaba. Las señoras que acompañaban á aquellas damas ocuparon el banco próximo.

Como no era nada aristocrática la figura de Luis envuelto como estaba en su oscura capa y con un sombrero de fieltro calado hasta los ojos, poco se cuidaron las dos amigas de conversar en voz alta, que llegó fácilmente hasta aquel hombre desconocido, situado en uno de los extremos del banco de piedra.

Los lectores habrán ya visto en ellas á Magdalena y Amparo; y como en efecto lo eran, escuchémoslas por un momento.

—Sí, Magdalena, te pronostiqué que no serias bastante fuerte para escucharle y no corresponderle. Tú estabas ansiosa de oirle, y.....

—Nada me repitas; óyeme, y calla. Le correspondí; pero al dia siguiente al del baile, mi padre volvió á decirme lo que otras veces: que era preciso buscar la salvacion del crédito de nuestra casa en un enlace ventajoso. —Y tú, qué hiciste?

—Sin confesar nunca á mi padre que habia correspondido al amor de ese *pobre*, tomé una resolucion suprema: le escribí despidiéndolo.

—¿Te atreviste, Magdalena, á aparecer tan indigna ante los ojos del hombre á quien una noche antes habias prometido eterno amor?

-Sí; no sabes hasta dónde me procupa la idea de lo que será la vida que tendremos que arrastrar los de mi familia y yo, el dia en que se declare la quiebra de mi padre, en que sus acreedores nos despojen de nuestros coches, de nuestros muebles..... de todo. Esto es horrible; yo prefiero cualquier cosa, á la humillacion de sufrir el insultante desprecio con que nos han de mirar aquellas personas á quienes menospreciamos en los dias de prosperidad y opulencia. Las consideraciones sociales que hoy disfrutamos, desaparecerán, sin duda. Yo bien comprendo que la mayor parte de los jóvenes que hoy forman el círculo de mis adoradores, son mariposas que revolotean ante la dorada llama de mi fortuna. Una vez que esta se apague, huirán de mí. ¿Cómo no han de querer vengar mis desdenes, perdonados hasta hoy solo por la esperanza de obtener mi mano y con ella un caudal? Y lo que es peor, todavia; yo

no temo á los hombres; las mujeres somos siempre mas intolerantes, mas crueles, mas vengativas.

- Pero, ¿y el amor, Magdalena, y esa ilusion que halaga al alma tanto?

— Tú olvidas, ó no sabes, amiga mia, que hay una cosa superior á todo lo demas sobre la tierra; olvidas que antes de amar á otro sér, hemos amado nuestra grandeza, nuestro esplendor, nuestro bienestar; olvidas que el penetrante grito del amor propio, del orgullo, apaga el latido mas violento del corazon. Además, ¿pueden olvidarse en un momento esas ideas que hemos ido aprendiendo desde nuestra cuna? ¿se nos ha enseñado acaso á amar la pobreza, á considerarla siquiera?

-Y bien; ¿qué resultado produjo tu carta?

— El mas natural. Hasta hoy no he vuelto á saber si existe Luis en el mundo.

—Su dignidad le habrá apartado para siempre de tu camino.

—Así lo creo; pero ya que te he hecho esta confidencia, hablemos de algo que no sea desagradable.

—Permiteme, ya que con tal franqueza me has hablado, el que te revele que hoy le amo mas; que le enaltece mucho ante mis ojos su noble comportamiento. ¡Ah, Magdalena! Si Luis me hubiera amado, qué feliz le habria hecho el inmenso cariño de mi alma; pero fué á tí, y tú no has querido arrostrarlo todo por el hombre que hizo latir tu corazon, y has preferido herirlo en lo que hay mas grande, mas sagrado para un hombre: en su dignidad.

Figuráos por un instante cuán grande fué el esfuerzo que Luis tuvo que hacer al escuchar aquella conversacion, para no darse á conocer á aquellas dos amigas que con tanta franqueza se decian sus sentimientos, ajenas de que no habia perdido una sola de sus palabras el hombre de quien se ocupaban.

Hubo un momento en que Luis quiso arrojarse á los piés de Amparo, llevado mas bien del deseo de humillar á la mujer que tan cruelmente le habia ofendido; pero reflexionó, y permaneció en la misma situacion, como si nada hubiese oido.

La campana del reloj de Catedral, al mismo tiempo que la del de Palacio, hizo oir las diez de la noche. Las dos amigas, siguiendo el ejemplo de las que las acompañaban, se levantaron y tomaron la dirección de su casa.

Luis, presa de mil encontradas ideas, combinando un plan tras otro, y rechazándolos to-

